ALBERTO GUTIÉRREZ: DE LA RAZÓN A LA IMAGINACIÓN

No obstante haber vivido por largos años en Europa, Alberto Gutiérrez ha figurado en la escena artística colombiana desde los año sesentas. Su ánimo viajero y sus exploraciones del universo y de la vida lo han llevado a intensos recorridos en diversas latitudes, pero sus aportes al desarrollo plástico del país no han sido perecederos ni sus figuraciones artísticas internacionales han pasado desapercibidas en el medio colombiano. Gutiérrez es un pintor hasta la médula, y así se hace evidente no sólo al recorrer en la memoria las distintas etapas de su producción, sino al apreciar sus obras más recientes las cuales podría decirse que complementan una parábola, un recorrido que va del racionalismo a la poesía, de la materia al espíritu y de la lógica a la imaginación.

El artista irrumpió en el arte colombiano con la década de los sesenta produciendo una pintura que se calificó en su momento como "abstraccionismo expresionista" y que fue entusiastamente recibida por la crítica, en particular por Marta Traba quien calificó al artista como un "virtuoso" y equiparó su trabajo con el de los mejores artistas de la mencionada tendencia en Estados Unidos e Italia. Para Marta Traba, por ejemplo, "su materia generalmente límpida, sin textura; su enorme alegría cromática; su libertad incondicional para componer y su indeclinable espontaneidad", entre otros atributos, le otorgan a su producción "esa fuerza verídica que impregna la pintura abstracta norteamericana". Pero además, el nombre del artista italiano Afro (Basaldella), figura descollante de la abstracción europea, ronda permanentemente en sus apreciaciones de la obra de Gutiérrez, permitiendo reconocer la actitud alerta del pintor y su participación de los raciocinios artísticos de más avanzada en aquel momento.

Poco más adelante la misma crítica subrayaría el cambio que se produjo en su pintura al comentar que "el color se mueve sin contracción alguna y sigue su libre recorrido ayudado por la materia que se destaca imperiosamente y no pierde ocasión de manifestar su autonomía", lo que implica que su pintura había enriquecido su superficie con texturas y que la consideración de las posibilidades expresivas de la materia había ganado preponderancia. No es extraño, por consiguiente que el collage también hubiera aparecido en ese entonces constituyendo un elemento más a tenerse en cuenta en el recorrido visual de sus lienzos.

Pero estos aportes no permanecerían inalterados por mucho tiempo puesto que, al mediar la década de los años sesenta y hasta la primera mitad de los setenta, su trabajo da un vuelco importante al adoptar formas derivadas de la geometría y al plantearlas por medio de colores

planos, otra vez sin textura y delimitados de manera precisa por las formas vecinas que en ocasiones dan la impresión de haber sido sobrepuestas. Óvalos y semicírculos, triángulos y rectángulos se convierten en los nuevos protagonistas de su producción. Pero sin llegar al rigor del racionalismo matemático que ha sido fundamento de buena parte de la pintura geométrica, sino puestos al servicio de la intuición y de la poesía. No en vano el poeta español José Hierro define su trabajo de esos años como "una huida de lo normativista hacia lo mágico", para concluir -dando muestras de su aguda percepción para la plástica- que "Alberto Gutiérrez representa ese punto en que la pintura que anduvo de la mano de la razón, rompe su prisión estrecha y quiere ser magia y signo".

Gutiérrez se había trasladado a Ibiza desde finales de los años sesenta y allí proseguiría con otro nuevo derrotero: el de obligar el movimiento del espectador alrededor de las pinturas que habían adquirido un volumen instituido por los lados bastante anchos de los bastidores sobre los cuales continuaba el despliegue de las formas. Es decir, sus lienzos, y con ellos sus formas y colores, penetran en los ámbitos del observador, como contradiciendo el espacio ilusorio, la idea de ventana propia de la pintura, y planteando su existencia como un objeto concreto e incontrovertible. De la realidad de la materia y el color el artista había pasado a las sugerencias de las formas y a una geometría bastante libre pero desplegada de manera tridimensional y tangible, aunque en este itinerario también hay una constante: cierta inclinación poética perceptible en los colores y que le otorga a estas pinturas -tan distintas- una conexión directa con sus trabajos previos.

Pero Gutiérrez tampoco permanecería por muchos años en la exploración de estos planteamientos. Su traslado a Menorca -"un verdadero observatorio astronómico gracias a la ausencia de contaminación", comenta el artista— lo indujo a volver los ojos hacia el cielo, hacia la noche, hacia el universo, así como a plasmar su silencio y sus enigmas, e inclusive a incrementar la dosis de lirismo que se había convertido en una de las más notorias características de su trabajo. De hecho, la galería Multitud de Madrid publicó en 1978 un libro en el que se combinan reproducciones de estos trabajos con ilustraciones de carácter misterioso y con escritos la mayor parte poéticos.

El observador puede hundirse visualmente en estas pinturas al igual que en el firmamento y visualizar su infinita pequeñez ante la inmensidad. Se trata de paisajes, pero no de los panoramas y parajes que estamos acostumbrados a apreciar en la historia del arte, sino de unos lienzos negros en los cuales las galaxias y los astros, como pequeños puntos o manchas blancas, hacen manifiesta su infinita capacidad de incitar a la introspección. Como bien lo señalaron los críticos españoles Francisco Calvo Serraller y Ángel González García en el mencionado libro,

"lo sorprendente de estos celajes vagamente mitológicos es que su descarnada concisión astronómica, casi trompe l'oeil, tanto descarta el plenairismo pintoresco como la banalidad decorativa o los acertijos conceptuales que practican los artistas Pop".

En los últimos años, sin embargo, el trabajo de Gutiérrez ha adquirido connotaciones simbolistas. No sólo parece haber amanecido en sus lienzos donde ahora impera una especie de luminosidad eterna, sino que se han poblado de nubes cuya transparencia permite apreciar símbolos y signos estrechamente relacionados con los elementos que los filósofos presocráticos consideraban los fundamentos de la naturaleza, así como con otros elementos de amplia figuración en la alquimia y otras doctrinas esotéricas: el círculo, la figura perfecta, símbolo de la excelencia y del cielo; el triángulo invertido, símbolo del agua que en algunas culturas se ha tomado como indicativo de la involución por su vértice hacia abajo; el cuadrado, símbolo preferente de la tierra, y sobre todo, la pirámide, símbolo del fuego y también, por su sentido ascencional, emblema de elevación y de inmortalidad.

Pero las pirámides de Gutiérrez se elevan en el cielo como réplica espiritual de las montañas, "morada de los antepasados y monumento de tierra", permitiendo vislumbrar un contenido trascendental en su presentación. "Para mi la pintura debe tener un contexto un significado y una dirección", ha dicho el artista, aserto que cobra claro sentido cuando se considera que la pirámide se ha definido, además, como una integración de formas independientes que resumen la totalidad de la obra creadora.

Aunque algunas de estas pinturas hacen gala de cierta textura, sus superficies en general siguen siendo más bien tersas, pero dejando, en ocasiones, a la vista, algunos accidentes pictóricos que impiden al observador olvidar que se halla ante una representación, ante una obra de arte. Su color se ha intensificado con su regreso a Colombia, al trópico, pero su trabajo no ha perdido lirismo, por el contrario, podría afirmarse incluso que se ha intensificado no sólo al incitar al observador a reflexiones sobre las transparencias, tonalidades y sugerencias formales de sus lienzos, sino al conducirlo a raciocinios acerca de la eternidad, lo trascendental y lo sublime.

La obra de Alberto Gutiérrez, que se inició con consideraciones matéricas y que continuó con sugerencias geométricas, se ha acercado en los últimos tiempos al reino del espíritu complementado así una estimulante parábola que ilustra el paso de la modernidad a la contemporaneidad y de la racionalidad a la imaginación.

-Eduardo Serrano